
La Argentina del segundo bicentenario: imágenes de una estación desolada.

Andrés Musacchio

Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI), Conicet-
Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: andresmusacchio@hotmail.com

Recibido: 6 de enero de 2016

Aceptado: 27 de abril de 2016

Argentina at its second bicentennial: images of a bleak station

A Argentina do segundo bicentenario: imagens de uma estação
desolada

*Suenen los tambores
suenen las campanas
suenen por la tarde
habrán mandado a pedirle a Gabriel
que se junte con su cuerpo
que se junte con su cuerpo
que junte su pobre cuerpo
que responda por nosotros.*

Resumen

El artículo se propone reflexionar sobre las diferencias marcadas entre el escenario de la Revolución de Mayo y el de la Independencia, así como los de sus conmemoraciones en el Centenario y en el Bicentenario. Tales diferencias permiten construir un conjunto de ejes explicativos articulados a partir de diferentes horizontes temporales, de los que se infiere la profunda

articulación de los fenómenos económicos, sociales y políticos. La dinámica de las confrontaciones y alianzas de clases y sectores, expresadas en la puja por el control del Estado, y la imbricación de lo interno con la inserción internacional, dan como resultado alteraciones significativas que, sin embargo, implican también algunas regularidades notorias.

Palabras clave: Revolución de Mayo, Independencia, Bicentenario.

Abstract

The article aims to discuss on the pronounced differences between the scene of the May Revolution and the Independence, as well as those of its commemorations in Centennial and Bicentennial. Such differences allow building a set of explanatory axes articulated in different time horizons, from which is inferred a profound articulation of economic, social and political phenomena. The dynamics of confrontations and alliances between classes and sectors, expressed in the bid for control of the state, and the interweaving of the internal and international integration result in significant alterations that, however, also involve some notable regularities.

Keywords: May Revolution, Independence, Bicentennial.

Resumo

O artigo tem como objetivo refletir sobre as acentuadas diferenças entre a cena da Revolução de Maio e a Independência, bem como os dos seus comemorações em Centenário e Bicentenário. Tais diferenças permitem construir um conjunto de eixos explicativos articulados a partir de diferentes horizontes temporais, dos quais se infere a profunda articulação dos fenômenos econômico, social e político. A dinâmica de confrontos e alianças de classes e setores, expressas na disputa para o controle do Estado, e o entrelaçamento da integração interna e internacional resultam em alterações significativas, no entanto, também envolvem algumas regularidades notáveis.

Palavras-chave: Revolução de Maio, Independência, Bicentenário.

Introducción

Pocos países tienen la posibilidad, como la Argentina, de festejar dos veces su bicentenario. Es probable que en ese tipo de paradojas se encuentre una de las claves de la misteriosa dinámica política, económica y social del país, que lo hacen extremadamente cambiante. En un artículo escrito para el primer bicentenario, nos proponíamos comparar el contexto del centenario con el del bicentenario (Musacchio y Robert, 2014). En el fugaz paso de un aniversario al otro, reeditar lo escrito resulta imposible. El horizonte del primer Bicentenario está tan lejos del segundo como el primer Centenario del segundo. En pocos años es posible comprobar uno de esos giros, nuestra marca registrada. Lo que no cambia demasiado es cómo esos giros pueden ser interpretados. La coyuntura del Bicentenario (de ambos) y la del Centenario son fruto de un devenir en el que confluyen tres tipos de factores. En primer lugar, son el resultado de elementos de muy largo plazo, un conjunto de ejes y conflictos matrices que atraviesan la historia argentina. En segundo lugar, un conjunto de factores estructurales, emergentes de la etapa por la que transita el país y que, por razones de comodidad, denominamos «modelo de desarrollo». Finalmente, los acontecimientos coyunturales tienen un rol a corto plazo en el que acontecimientos puntuales pueden torcer, enderezar o sostener el rumbo de la historia.¹ En ese marco, planteábamos en el artículo citado la contradicción en torno al Centenario: una coyuntura particular, con una confluencia de factores que le daban un carácter extraordinario (en el sentido de fuera de lo común, no como juicio de valor), interpretada por muchos analistas e ideólogos (en general vinculados a las clases dominantes) como extraordinario (no en el sentido de fuera de lo común, sino como juicio de valor); un ejemplo de destino natural, del que la sociedad se apartó inexplicablemente y al que debería volverse más temprano que tarde. Asimismo, el primer Bicentenario se enmarcaba en el intento de definición de un nuevo modelo de desarrollo. El segundo turno de festejos muestra coyunturas diferentes, a solo seis años. La opulenta situación de 1910 se trocaba por la difícil coyuntura que conjugaba los primeros síntomas del agotamiento del modelo con los efectos de la Primera Guerra sobre una economía fuertemente dependiente de los mercados externos. Una centuria más tarde, algunos puntos de apoyo del modelo de

1- Aún se discute la importancia de que el 19 y 20 de diciembre de 2001 hayan sido días de sol y no de lluvia torrencial para estimular las manifestaciones populares que derrumbaron el gobierno de De la Rúa en la Argentina.

desarrollo, lejos de consolidarse, fueron revertidos y abrieron paso a una profunda crisis económica y social.

Desde el punto de vista metodológico, un análisis de la economía en ambos momentos (en cualquier momento) se nutre de un conjunto de variables económicas insertas en un proceso social que expresa la dinámica interactiva de las diferentes clases sociales y grupos que lo componen. Un canal de expresión de esa dinámica es el proceso político, especialmente relevante en ambas festividades. Podría afirmarse que en ambos «cumplecien», como en pocos momentos, las coyunturas económica, social y política aparecen tan entrelazadas. En ambos casos, las coyunturas políticas reflejan las formas de manifestación de conflictos sociales que tienen en el terreno económico uno de sus fundamentos principales. Por supuesto, no exclusivos, pues también se canalizan allí conflictos sociales y simbólicos con menos contenido económico directo.

Las coyunturas de las segundas fiestas patrias reflejan de forma especial el vínculo directo entre un sendero específico de desarrollo de las fuerzas productivas y la constelación de relaciones sociales sobre el que se apoya. Tal constelación no es una masa amorfa o una amalgama armónica y homogénea, sino un espacio de confrontación, de intereses contrapuestos, de alianzas de largo plazo y vínculos fugaces, en el que se reproducen intereses específicos divergentes o contradictorios. La puja encuentra en la dinámica política el principal terreno de expresión, poniendo en el centro de la escena la contradicción entre la sociedad civil y la sociedad política. La confrontación se convierte en una puja por el control de los resortes político-institucionales, una lucha por el control del Estado. Si en 1910 o en 2010 esto podía intuirse algo difusamente, en 1916 o en 2016 aparece con una virulencia extrema. Pero esto no es novedoso. La revolución de mayo de 1810 se nutría de la lucha por el control del Estado. La independencia se vinculó con la creación de un conjunto de instituciones estatales, coronando el enfrentamiento contra la corona española, pero transparentando también la existencia de proyectos internos diferentes que necesitaban del Estado para poder consolidarse. El arco que se traza entre las tres fechas es claro.

De igual forma, es posible entender muchas de las interpretaciones sobre las bondades y las debilidades de los caminos alternativos de las políticas de Estado, de los modelos de desarrollo y de las potencialidades y conflictos en la estructura social que se abrieron o se cerraron en cada momento de quiebre o que efectivamente se plasmaron en cada etapa de la historia del país. En última instancia, las interpretaciones no son ingenuas

ni neutrales. Cuando se explica, por ejemplo, que el modelo agroexportador debe considerarse la etapa dorada de la Argentina, suele omitirse que fue el apogeo de una determinada clase social en un contexto de exclusión para el resto de la población y para las regiones del país que no se adecuaban por clima, terreno, población, vías de comunicación con los mercados de consumo o disponibilidad tecnológica a la producción de carnes y cereales para la exportación. También cuando se indica que la Argentina malgastó una opción inmejorable de reinserción en los mercados agropecuarios a la salida de la Segunda Guerra Mundial y cuando el poco claro alineamiento político en la guerra y las políticas proteccionistas posteriores apartaron al país de mercados abiertos y con precios extraordinarios², sin indicar ni que la neutralidad argentina en la guerra había sido sostenida por los gobiernos conservadores y abandonada en enero de 1944 por las nuevas autoridades, y sin analizar que la estructura comercial de la Argentina tenía una forma triangular que reposaba sobre monedas convertibles. Precisamente la inconvertibilidad de las monedas europeas hasta 1958 tornaba inviable la triangularidad, mientras los Estados Unidos utilizaban su poder para deshacerse de excedentes agrícolas y desplazaba a la Argentina por razones económicas y no políticas de sus mercados tradicionales.

En última instancia, las interpretaciones de la historia forman parte de lo que los neogramscianos denominarían el rol de los intelectuales en la justificación de los modelos de desarrollo y de sus estructuras sociales, y que, en tiempos post-posmodernos, fue simplificado como «el relato». La justificación de un orden social involucra la combinación específica de formas de violencia con la búsqueda de consenso a partir de ideas, de mitos o lecturas parciales de los conflictos y las armonías.

El citado Cortés Conde (2009: 194) insiste en que

The division among Argentines did not begin in 1955, however. There were already deep societal schisms beginning during World War II, more specifically when a military junta from the GOU (Grupo de Oficiales Unidos), sympathetic to the Axis powers, took over the government in 1943.

Leído al revés, podría interpretarse que, hasta entonces, la sociedad evolucionaba armónicamente, independientemente de las resistencias y las

2- Esta idea se encuentra muy difundida. Cfr. Cortés Conde (2009).

luchas sociales y políticas que se arraigaban en el mismo inicio de la vida independiente del país. La interpretación encubre la idea de que la división de los argentinos o, post-postmodernamente, la grieta se produce en aquellas instancias en que los sectores económicos subalternos logran acceder al poder político y, desde allí, cuestionar parcialmente el dominio de los sectores dominantes y negociar algunas concesiones. En ese marco, no es casual tampoco la idea contrapuesta de una alianza de clases y sectores, de un «movimiento nacional», que articula transversalmente los sectores dominados, pero que incluye también a una parte de los actores y grupos que forman parte, a veces de manera subordinada, de las clases dominantes.³ Esta segunda concepción descubre y explora la existencia de un eje de conflicto mucho más profundo y de largo plazo.

Lejos de una alternancia entre armonías y fracturas, se intenta explorar la existencia de un conjunto de ejes contradictorios y nunca articulados, y que, en épocas de «armonía» son conjurados por la violencia del Estado en múltiples formas, que incluyen la violencia corporal represión lisa y llana, la violencia política proscripciones o golpes de Estado, la violencia del mercado con la desarticulación legal de los canales de participación de una fracción de la sociedad por medio de aperturas irrestrictas al comercio y las finanzas, regímenes monetarios y cambiarios especiales, supresión de convenciones colectivas de trabajo o regímenes laborales flexibles o la violencia intelectual con la imposición de una interpretación unilateral de la dinámica económica, política, social e histórica. En última instancia, la segunda interpretación abona la idea de la existencia de un eje de conflicto de largo plazo, en el que se articulan fracturas «de origen» una distribución inicial, aunque no natural, de la riqueza y el poder, con fracturas estructurales inherentes a cada modelo específico de desarrollo y que suelen manifestarse con especial radicalidad en coyunturas específicas, especialmente en los pasajes de un modelo al otro.

En ese esquema, cobra relevancia el vínculo que el Estado traza con otros Estados nacionales y con actores económicos externos. Una parte

3- Dos ejemplos diferentes de ese contradiscurso pueden observarse en Frigerio (1959), que plantea la necesidad primaria de la alianza de clases y sectores en un movimiento nacional para el acceso al poder de una fracción que excluye a los intereses primario-exportadores y a los rentístico-financieros; y en Duejo (1973), para quien los sectores dominantes mantienen diferenciaciones internas significativas de intereses, que alimentan «contradicciones secundarias» a tener en cuenta en una estrategia de transformación en la estructura de poder.

de los grupos internos, los de mayor poder relativo, articulan sus intereses de una manera especial con los centros del poder económico. La independencia política de España, por caso, se asociaba para algunos sectores con la necesidad de construir un conjunto de instituciones a partir de las cuales articularse al exterior, potenciando las trayectorias sectoriales en el marco de una economía subordinada a moldes impuestos desde afuera, que bloqueaban el desarrollo integral de las fuerzas productivas. Con formas específicas, el eje se reproduce en el período de entreguerras, en el que la alternativa de una industrialización enfrenta la resistencia de sectores tradicionales profundamente antiindustrialistas. Pero aquí también cobran relevancia las «contradicciones secundarias» entre grupos proclives a cerrar filas en la articulación de la economía Argentina al Reino Unido y aquellos que reaccionaban a la declinación británica con una aproximación a los Estados Unidos. Una dinámica parecida encuentra el segundo bicentenario, con la alternativa de construir una economía autocentrada o, por el contrario, reconstruir una madeja de intereses con la potencia dominante. Al igual que en los años de entreguerra, sin embargo, no está claro qué debe entenderse como potencia dominante y, así, la contradicción secundaria abarca desde la alternativa de una inexorable subordinación a la potencia china o la confianza en la potencia del sector financiero norteamericano.

En definitiva, ese triple conjunto de horizontes temporales, así como el juego de economía, política y sociedad, muestran algunos ejes sobre los que se ha desarrollado el país y que, curiosamente, hace estallar entre mayo y la independencia, entre el primer centenario y el segundo, y entre el primer bicentenario y el segundo, conflictos y rupturas que cuestionan la teoría del destino manifiesto, de la edad dorada y de la articulación virtuosa y natural de la Argentina con el mundo. Sobre esos ejes trataremos de leer algunos trazos gruesos de los seis momentos.

1. Del carnaval de las máscaras a la puja abierta

En tiempos recientes, las interpretaciones sobre los acontecimientos que engloban a la Revolución de Mayo de 1810 (en la que, tras la captura del Rey Fernando VII por los ejércitos napoleónicos e invocando el principio de retroversión de la soberanía, fue depuesto el Virrey y reemplazado por una Junta de Gobierno local en Buenos Aires) y a la declaración de la independencia del territorio de las Provincias Unidas el 9 de julio de 1816 han sido sometidas a vastos debates que discuten desde la configuración y el rol de los actores

hasta el mismo carácter revolucionario de la revolución⁴. Por lo pronto, los debates, que en materia económica coronan una larga polémica iniciada a fines de la década de 1980⁵, muestran un panorama bastante más complejo y heterogéneo del que se expone en la historiografía tradicional; sin embargo, nos animamos a decir que también menos deshilachado y *light* que la visión de una revolución «ex post», construcción de un mito fundador de la nación que mitifica y mixtifica acontecimientos que, como desglosa Acha (2011: 62), carecían de una voluntad revolucionaria en torno a intereses económicos o identitarios mientras ocurrían. Como sintetiza Ternavasio (2009: 49), se trata de un proceso fundamentalmente motorizado por impulsos externos, en el que los factores internos habrían jugado, cuanto mucho, un rol secundario, tesis que remite, al menos, a Romero (1987).

La Revolución de Mayo de 1810 fue claramente el resultado de las condiciones generadas por la confluencia de los tres horizontes temporales. Por un lado, un marco de largo plazo que fue delineando algunas características particulares. Desde el punto de vista productivo, una economía basada en la explotación extensiva de los recursos naturales, con una explotación intensiva de la mano de obra nativa en condiciones en muchos casos inhumana. Desde el punto de vista social, se conformó una estructura de clases y sectores diferenciada, con un grupo concentrado que fue extendiendo su apropiación del territorio. Este grupo se imbricó con los destinatarios de la producción primaria por medio de un grupo de comerciantes y proveedores de servicios, y un amplio conjunto de trabajadores directos fueron por una estructura legal y de poder que daba cuenta de la imbricación institucional del grupo dominante⁶. En segundo término, una evolución estructural había dejado surgir paulatinamente algunas cuestiones distintivas: un modelo colonial cuestionado por la decadencia ostensible del centro dominante, España, es decir, un sistema que había comenzado a bloquear el desarrollo de las fuerzas productivas locales; la articulación de una parte de los grupos dominantes internos con las «potencias emergentes» europeas, con el despliegue de estrategias alternativas al monopolio español como la difusión

4- Para un análisis crítico de estos debates, cfr. Acha (2011) o Bandieri (2010).

5- Cfr., por ejemplo, Fradrin y Gelman (2008) o Azcuy Ameghino (2008).

6- La conformación económica de los siglos previos a la revolución ha suscitado en tiempos recientes algunas polémicas vivaces, resumidas en los trabajos mencionados en la nota anterior. Sin embargo, siguen siendo fructíferas algunas hipótesis «clásicas», como las de Burgin (1975) o Gaignard (1989)

masiva del contrabando, que debilitaba el anclaje social de la estructura legal ibérica⁷; y la identificación, para buena parte de los grupos subordinados, de sus pesares con el dominio colonial. Finalmente, la coyuntura de algunos cambios económicos desembocaría en el saladero, el acceso a las armas por parte de los sectores potencialmente revolucionarios durante las invasiones inglesas y la ausencia del Rey Fernando VII, prisionero de los franceses. A eso se le agregaban novedades «doctrinarias» provenientes tanto de la Revolución Francesa como de la misma España, las cuales un conjunto de intelectuales convertía en bases ideológicas y estratégicas de la revolución.

Mayo se convertía, así, en una construcción político-militar para tomar el control directo del Estado, incluso cuando se lo hiciera en nombre de la «máscara de Fernando VII», y abría el espacio para intentar resolver las trabas estructurales al desarrollo de las tendencias de largo plazo. Lo que dejaba abierto la revolución es cuáles de los problemas serían atacados y cuáles omitidos o profundizados. Es decir, el frente anticolonial encubría profundas diferencias sobre el camino posterior y abría una intensa lucha interna de intereses y proyectos.

La coyuntura de 1816 era completamente diferente. Algo forzosamente, Bértola y Ocampo (2013: 63) sostienen que «En 1815 solo el Río de la Plata estaba del lado de la revolución, en tanto el resto del continente habría de experimentar un largo y doloroso proceso, que, en el plano militar, solamente culminaría en 1824 en Ayacucho». Por lo pronto, el rey había recuperado su trono y no aceptaba máscaras. El contexto militar se había tornado crítico y la revolución parecía encaminarse al fracaso. El consenso para enfrentar al dominio español se había disipado ya, descubriendo varias brechas económicas y políticas. Es un lugar común el relato sobre la puja entre las provincias o incluso entre las ciudades, tomando en cuenta la hipótesis esgrimida por algunos autores como Chiaramonte (2004) y seguida por otros como Vitelli (2006), respecto de que la configuración espacial de la región se asentaba sobre ciudades más que sobre territorios provinciales, y mucho menos

7- Al respecto, resulta interesante el planteo de Vitelli (2006: 52), quien destaca la continuidad de la clase dominante local, una clase dominante que, sin embargo, rompe el lazo colonial con la corona a partir del despliegue de sus propios intereses. Por otra parte, Bértola y Ocampo (2013: 62) afirman que el impulso rupturista es menor en aquellas regiones en las que la clase dominante estaba más imbricada en la estructura española, explicando de ese modo que el impulso de independencia se iniciara en las regiones periféricas del Virreinato.

sobre un territorio protonacional. Los sectores dominantes bonaerenses, comerciantes y estancieros, profundizaban la explotación de los trabajadores directos, aunque eso no excluía importantes divergencias internas. Las contradicciones entre los intereses de Buenos Aires y el interior se manifestaban abiertamente. La libre circulación de mercancías con el exterior, acabado el monopolio español, tomaba la forma del librecambio. En respuesta, se restringía la circulación interna con el florecimiento de aduanas secas, estimulando la fragmentación productiva.

Un cambio relevante fue la escisión del Alto Perú, centro neurálgico de la estructura virreinal con su producción minera. Si Buenos Aires era puerto comercial y plaza de negocios, el soporte material principal estaba en el Noroeste. La escisión produjo, así, un desplazamiento del centro económico, no como designio natural, sino como resultado de un proceso histórico. Como consecuencia, creció el poder relativo de los terratenientes y de los proveedores de servicios urbanos hacendados y comerciantes por la simple reducción del territorio y la diversidad productiva. El impacto sobre la generación y circulación de la riqueza fue significativo, reduciendo la base material y obligando a los sectores dominantes a reforzar la explotación para compensar las pérdidas. Las características especiales de las actividades dominantes y de sus formas es, probablemente, uno de los basamentos del carácter lineal en lo productivo y de corte fuertemente rentístico y especulativo de los sectores dirigentes.

Sin embargo, la década posterior a la Revolución no consolidaba de manera mecánica a un sector como dominante. Por eso, la confrontación con España corre paralela a una puja interna, tanto o más radical, que se producía en varios terrenos. El principal, por supuesto, era la lucha por el control del Estado. La inestabilidad política hasta finales de 1820 es una clara muestra de que la puja no estaba definida antemano y que recién con el nombramiento de Martín Rodríguez como gobernador de Buenos Aires se alcanzaban los primeros equilibrios en la balanza de poder. Pero también la definición del espacio territorial reflejaba proyectos diferentes en pugna. La importancia absoluta que para algunos tenía la región pampeana dejaba fuera de la constelación territorial, productiva y sociopolítica a las regiones que, desde esa perspectiva, podrían entenderse como periféricas, pero que podían cuestionar el eje de poder entre los hacendados y los comerciantes porteños que habían iniciado el proceso revolucionario. Por eso, enfrentamientos como el de Rivadavia y San Martín era mucho más que simples desavenencias sobre la estrategia para consolidar la revolución; era, en última instancia, la confron-

tación entre modelos diferentes que se expresaron de diferentes maneras a medida que se disolvía el esquema impuesto por España.

Si la Revolución de Mayo expresaba una amplia articulación de intereses y anhelos contra el dominio colonial y se enhebraban con la propagación de una épica eufórica, la Independencia se producía en el marco de un fuerte enfrentamiento interno por el poder y las características de la conformación económica, política, social y territorial de la nación en ciernes, en el marco de una crítica coyuntura económica y de debilidad militar. En tan solo seis años, el cuadro era profundamente diferente.

2. Del champagne al vino de mesa

Los festejos del primer centenario daban cuenta de un país opulento, situado en el cénit de la economía agroexportadora: casi una década de crecimiento, con un gran flujo de inversiones externas, un fuerte incremento de la población y el broche de oro en la construcción de infraestructura, especialmente la red de ferrocarriles. Atrás parecía haber quedado la convulsionada década de 1890. El modelo, que sostenía su crecimiento sobre la base de la incorporación de tierras a la producción agropecuaria extensiva y un mercado externo ávido de materias primas, colocaba a la Argentina como una de las de mayor crecimiento del mundo⁸. ¿Se trataba de un fenómeno inherente al modelo o simplemente un espejismo? El proceso, en lugar del corte diacrónico, nos marca la respuesta, como veremos inmediatamente.

La bonanza del centenario recogía la confluencia del largo proceso de consolidación de la economía extractiva que, hasta allí, signaba el proceso monótono de largo plazo en torno al cual también se consolidaba una estructura social polarizada a partir de la propiedad de la tierra⁹ y el entorno posible de diversificación productiva. Estructuralmente, la economía argentina se había articulado desde la década de 1870 a Europa occidental y, especial-

8- No avanzaremos en un análisis crítico del modelo ni sus interpretaciones. El lector puede ver trabajos anteriores, como los de Musacchio y Robert (2014), Rapoport *et al.* (2005), o Musacchio (2002). Acha (2011) destaca que el Bicentenario impulsó debates sobre las características del centenario. Sin embargo, esos debates no incorporan argumentos novedosos en un largo debate sobre la trayectoria del modelo agroexportador y su supuesto carácter «dorado», algunas de cuyas aristas exploramos en los trabajos citados y sobre el que se basan las reflexiones que siguen.

9- Vitelli (2006: 7) destaca como disparador del proceso de negocios, apropiaciones y corrupción la apropiación de las tierras de todo el continente por parte de los reyes de España luego del arribo de Colón.

mente, a Gran Bretaña, como productor de carnes y cereales, incorporándose de manera tan eficaz como ciclotímica al área de la libra esterlina. Las nuevas condiciones tejían una trama sociopolítica cada vez más compleja que estimulaba la puja por el ingreso y las instituciones.

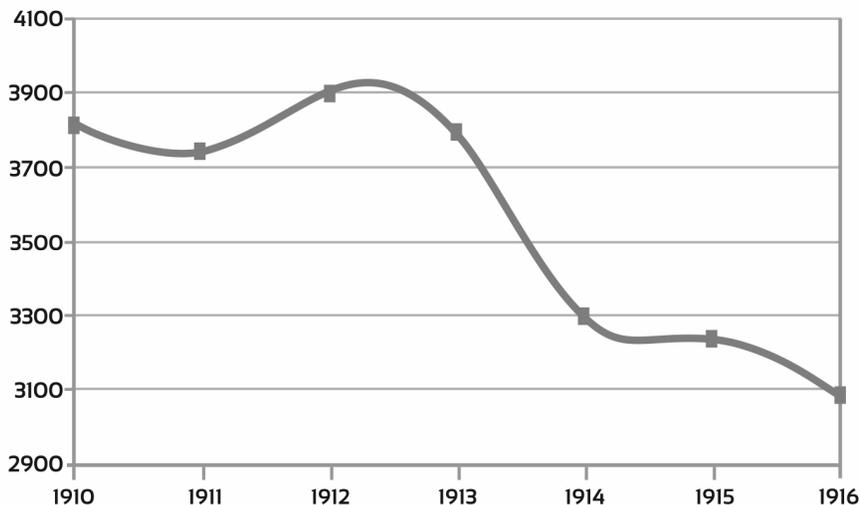
En ese marco, el segundo centenario mostraba un cuadro sustancialmente diferente al primero. La economía argentina dependía de la coyuntura externa. Una polémica disparada por Cairncross (1953) discute la forma en que los ciclos británicos repercutían sobre el resto de su sistema productivo¹⁰. Una interpretación percibe como factor dominante el ciclo de la inversión. Cuando esta se incrementaba en Gran Bretaña, absorbía capitales del resto del sistema, deprimiendo a sus socios. Por el contrario, en la fase descendente británica, la baja inversión liberaba recursos que emigraban como inversiones directas y préstamos, reactivando al resto. La segunda interpretación enfatiza el efecto positivo de la expansión británica por medio del aumento de sus importaciones; simétricamente, la etapa recesiva se transmitía a sus socios. Para la Argentina, pocas dudas caben de que la primera interpretación se aproxima mejor a la realidad (Musacchio, 2002). Por eso, el centenario en el final de una larga etapa de debilidad de la economía británica, era el colofón de la expansión. La reactivación inglesa en 1912 impulsaría una crisis en la Argentina, disparada por el déficit en la cuenta corriente. A eso se le agregarían los efectos de la Primera Guerra Mundial desde 1914, con la drástica reducción del comercio exterior y el incremento en el precio de los combustibles. Esto golpeó al consumo, pues la Argentina producía una porción mínima de los bienes que consumía y dependía de las importaciones. El débil sector industrial había reclamado en numerosas ocasiones una política proteccionista¹¹. Si la Guerra era una protección de hecho, resultaba insuficiente para acelerar la industrialización, bloqueado por la falta de maquinarias e insumos y que requería de políticas más profundas. Así, el

10- Sobre la noción de sistema productivo que utilizamos aquí, cfr. GRREC (1983; 1991).

11- La literatura favorable al modelo agroexportador suele deparar una paradoja interesante. Por un lado, ensalza la especialización fruto de las ventajas comparativas descubiertas por el librecambio, mientras, por otro, intenta mostrar, forzando hipótesis y estadísticas, que dicha especialización agroexportadora tiene un impacto fuertemente positivo sobre la industria. Las interpretaciones abarcan desde el viejo artículo de Villanueva (1972) que sostiene que las tasas de crecimiento industriales en los años '20 fueron elevadas, hasta otros trabajos como el de Rochi (2006), en el que se afirma que la industria fue una de las fuerzas conductoras de la transformación argentina durante la *belle époque* de los sesenta años previos a la crisis del '30.

segundo ocurría en una profunda crisis, asociada a los mismos factores que habían provocado la bonanza previa, que ahora jugaban de manera inversa.

Gráfico I. Evolución del PBI per cápita



Fuente: The Maddison-Project.
de <http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/home.htm>, 2013 version.

La situación en 1916 era diferente en lo estructural. Tres nuevos factores preanunciaban la declinación definitiva del modelo agroexportador. Los mercados externos crecían más lentamente que las necesidades locales, anticipando el largo problema de la baja elasticidad de las exportaciones. Es que en los países desarrollados los incrementos en los ingresos comenzaban a destinarse a otros rubros, afectando la demanda de alimentos¹². Además, el sistema productivo británico mostraba un creciente retraso tecnológico

12- Di Tella y Zimmelman (1967) asocian esto a la ley de Engel. Complementariamente, una interpretación thirlwalliana derivaría de esto la tendencia al estancamiento relativo de la Argentina desde entonces.

frente a sus competidores que, a la postre, derivaría en una redefinición del sistema internacional, introduciendo para la política exterior argentina una tensión irresoluble entre intereses británicos y norteamericanos. Las condiciones de complementariedad y competencia entre las estructuras productivas impedían replicar la relación argentino-británica con EEUU¹³.

En tercer lugar, despuntaban indicios del estancamiento agropecuario. Por entonces, algunos analistas especialmente Bunge señalaban los límites de la capacidad expansiva. Un factor central era el agotamiento de tierras vírgenes. Tapado en la década del '20 por un desplazamiento parcial de la ganadería por la agricultura, se tornó más visible luego de la crisis de 1930 (Giberti, 1964). En este esquema, la ausencia de la industria de maquinaria e insumos, el fuerte componente rentístico-especulativo de los sectores dominantes (Rapoport, 2013; Arceo, 2003) y la anquilosada estructura de relaciones sociales se convertían en trabas difíciles de romper. Algunos estudios comparativos en países como Australia o Canadá enfatizan las dificultades del modelo agroexportador para dar un salto cualitativo, destacando diferencias como la concentración en la tenencia de la tierra y su impacto sobre el crédito hipotecario (Adelmann, 1992), el tardío desarrollo de un sistema de seguridad social y la ausencia de una estructura tributaria progresiva (Levy y Ross, 2008), o la muy baja diversificación de la producción (Geller, 1970).

El segundo centenario también recogía la conflictividad social de un desarrollo excluyente. El modelo gestaba una sociedad profundamente fragmentada, en la que solamente una pequeña elite se apropiaba del grueso de la riqueza. Una amplia mayoría de la población, incluyendo gran número de inmigrantes, se hacinaba en pobres conventillos. Mejor suerte, no obstante, que la de la porción mayoritaria de la población nativa, eliminada en el genocidio fundacional de las campañas al «desierto». Las disparidades alimentaban un conflicto que incluía, aunque no coordinadamente, a diversos sectores subalternos, desde trabajadores rurales y urbanos hasta pequeños y medianos productores agrícolas arrendatarios o propietarios. La conflictividad oscilaba con el ciclo económico. En el apogeo del modelo, la acción sindical arreciaba y los conflictos gremiales motorizaban un aparato represivo que incluía la Ley de Residencia o la de Defensa Social. Con la crisis y la desocupación, la protesta sindical urbana se aplacó transitoriamente desde 1912 (Rapoport *et al.*, 2005: 65). Sin desaparecer, la protesta se moderó luego

13- Cfr. Rapoport (1980).

del Grito de Alcorta de los arrendatarios rurales en 1912 y hasta la huelga de los talleres Vasena entre fines 1918 y principios de 1919. Se trataba, ahora, de un fenómeno asociado a la dinámica de una sociedad en proceso de complejización, ignorado por el grueso de las clases dirigentes, con pocas excepciones.

La protesta tenía como objetivos inmediatos mayor participación en el ingreso y mejores condiciones de trabajo y de vida. Era también, sin embargo, una lucha por el poder político, por el control del Estado. Allí se perfila otra diferencia entre las dos fiestas. Para el primer centenario, los resortes institucionales se encontraban firmemente controlados por la elite dominante. Esto no implicaba una estabilidad absoluta, como pretenden los panegiristas del modelo que asocian estabilidad, orden y progreso. Por el contrario, las desavenencias entre fracciones de la elite y pujas personales provocaron intrigas palaciegas, crisis políticas, conflictos armados y revoluciones que, no obstante, no cuestionaban el núcleo básico del poder ni la estructura de la clase dominante. Para 1916, el escenario era distinto. La complejidad de la nueva sociedad, el crecimiento de la población, la consolidación de los sectores medios y la sindicalización obrera cuestionaban el orden conservador, al igual que la fractura del grupo político en el poder. Así, sin arriesgar su dominación económica, la elite accedió a una parcial apertura electoral¹⁴ que, justo en el segundo centenario, llevaba al radicalismo al gobierno. La confrontación social se trasladaba al terreno político.

Así, el Estado recogía un conjunto de demandas más amplio, tratando de articular de una manera distinta la sociedad civil y la sociedad política. Sin embargo, quedaba atrapado en una lógica fundacional que le impedía mediar de manera efectiva en los conflictos sociales. Ansaldi (2009) señala que la nueva ley electoral procuraba descomprimir la presión de los sectores excluidos del sistema político, pero manteniendo los rasgos fundamentales de la hegemonía de los sectores dominantes. Si esa era la intención reflejada en los reaseguros que la elite se reservaba para mantener su poder de veto, antes de la elección de 1916 los conservadores creían que mantendrían el control del Poder Ejecutivo incluso en el nuevo régimen. La inesperada elección de Yrigoyen abrió un proceso de confrontación política particularmente turbulenta. Incluso cuando el radicalismo no cuestionaba el fondo de

14- La apertura es parcial pues no tenían el derecho de votar las mujeres, los extranjeros, los residentes en territorios nacionales y los inhibidos por razones de incapacidad, de estado y condición o de indignidad, lo que excluía a la mayoría de los habitantes.

los mecanismos de dominación y no tenía una propuesta rupturista en los ejes del proceso económico o cultural, su demanda de mayor participación política, de una ligera progresividad distributiva, de intervención del Estado mediando en los conflictos sociales o de diseño de algunas políticas nacionales estratégicas como en el tema petrolero, suponía un desafío que buena parte de la élite no estaba dispuesta a conceder. Por lo tanto, el trabajo de bloqueo con el veto parlamentario, con el control de varios gobiernos provinciales, con la cooptación de una fracción interna del nuevo partido gobernante «el sector *galerita*» o, directamente, con el uso de la fuerza militar en 1930, se tornó una moneda cotidiana. En ese sentido, la lucha de *la causa* contra *el régimen* que planteaba el radicalismo en el primer centenario para cuestionar un régimen políticamente casi monolítico se transformó en una lucha política abierta en 1916, en un ataque del *régimen* a una intromisión de la *chusma* que la elite oligárquica consideraba intolerable. Los intentos de cooptación de un sector intelectual y político de los grupos subalternos como mecanismo para mantener la hegemonía fracasaban por un núcleo duro del sector dominante incapaz de ceder la mínima concesión, abriendo una lucha por el control absoluto del Estado, que desembocaría desde 1930 en formas abiertas de autoritarismo.

Como caja de resonancia de los procesos sociales, el Estado reflejaría los cambios que ocurrirían desde el agotamiento del modelo agroexportador y del desarrollo de la industrialización sustitutiva de importaciones. El crecimiento cuantitativo de los obreros industriales y los cambios cualitativos en su organización sindical, la aparición de un segmento de pequeños y medianos empresarios, así como el despliegue de grandes conglomerados transnacionales vinculados a la producción de bienes y servicios al mercado interno, y el creciente rol del mismo Estado como productor y consumidor gestaron una trama compleja, en la cual ningún sector sería capaz, en las cuatro décadas siguientes, de ejercer la hegemonía o la dominación sobre el resto. De hecho, ni siquiera sería posible compatibilizar los proyectos de cada sector, de cada grupo y de cada subgrupo para «matrizarlos» en una alianza estable de largo plazo.

Así, las pujas sectoriales derivaron, en el campo macroeconómico, en un juego cíclico que afectó la evolución de los precios, la distribución del ingreso, el ritmo de la inversión y los equilibrios externos. La formación de una sociedad esencialmente urbana y la rápida aproximación al pleno empleo corría al centro el rol de los salarios. Como las exportaciones consistían fundamentalmente en bienes salario, una distribución progresiva del ingreso afectaba

la renta del sector agropecuario, ya no el núcleo duro de la clase dominante, pero aún con suficiente poder. De igual forma, ante un sector agropecuario virtualmente estancado y cediendo parte de su ventaja comparativa, las mejoras salariales afectaban la capacidad exportable. Mientras, el sector industrial incrementaba su demanda de importaciones de maquinarias e insumos. Los empresarios industriales dependían de los incrementos salariales para expandir el mercado, pero eso, a su vez, podía afectar su tasa de ganancia. Los caminos de salida a este último dilema eran complejos. Una presión por la baja en los precios de los bienes salario exportables los enfrentaba al sector agropecuario. La otra alternativa era el incremento de la productividad. Pero, por múltiples razones, esta creció a un ritmo demasiado bajo¹⁵.

La conflictividad en el marco de las dificultades para conformar una alianza hegemónica se reflejó en diversos campos, aunque dos son muy visibles: la inflación y la inestabilidad política. La primera se asoció aunque no exclusivamente a la confrontación por la distribución del ingreso, moderándose o acelerándose al ritmo de las ecuaciones de poder de corto y mediano plazo. Sin proponérselo explícitamente, las «ondas de precios» descritas por Vitelli (1992) permiten ver cómo se establecían y estallaban constelaciones de precios relativos, que incidían en la distribución. Los momentos de conformación y explosión de las ondas se articulan con los momentos de gestación o ruptura de alianzas.

En la conformación de las ondas de precios tenía una participación especial el Estado, por medio de sus paquetes de política económica. Y allí puede intuirse el juego del segundo factor, la dinámica política, que dirige los conflictos sectoriales a partir de una puja por el control del Estado. Aunque probablemente el término «empate social» acuñado por Portantiero (1977) sea más gráfico que analítico, lo cierto es que el análisis de la sucesión de espasmos económicos, de rupturas políticas y de inserción de los actores que pueden verse entre la conformación del modelo sustitutivo y el golpe de 1976, deja ver la trama entre las coyunturas económica y política, así como la ausencia de un grupo o alianza que lograra imponer un proyecto de largo plazo¹⁶. Mientras tanto, la ausencia de una articulación económica virtuosa

15- Este es, probablemente, el debate más jugoso de la historia de la industria argentina. Ver, por ejemplo, Toledo y Neffa (2008); Kosacoff (2010); Azpiazu y Nochteff (1995); Lagos y Llach, (2001).

16- Desde diferentes perspectivas, y en el marco de una literatura vasta, ver, por ejemplo, Portantiero (1977); O'Donnell (1977); Rapoport *et al.* (2005).

con las grandes potencias se encargó de alimentar una restricción externa que incidió negativamente tanto en la magnitud del crecimiento como en las oscilaciones cíclicas¹⁷. En última instancia, el período que va de la crisis de 1930 hasta 1976 gesta una trama compleja en la que, por primera vez, se pone en tensión el eje monótono de largo plazo, asociado a una economía esencialmente primaria, con un modelo de desarrollo estructural más diversificado. Esto, a su vez, puso en discusión la matriz de la inserción internacional de la Argentina, que por momentos intentó explícitamente una mayor autonomía, aunque en un sendero marcadamente zigzagueante (Rapoport, 2015; 2016).

Un quiebre se produjo con el golpe de 1976, cuando desde el control del Estado y un aparato represivo implacable se rearticuló una clase dominante que incluía actores tradicionales y algunos sectores nuevos, que reestructuraban la trama de articulación entre lo interno y lo externo, en el marco de cambios profundos en el sistema internacional¹⁸. Se recrearon los viejos ejes en torno a la valorización financiera-especulativa y a la explotación de recursos naturales, aunque con características novedosas que emanaban de un contexto internacional radicalmente distinto. Así, se fue concretando la articulación a cadenas de valorización externas, la acumulación de riqueza en un sector reducido de la población y la destrucción de los tejidos sociales de la industrialización sustitutiva, mientras se establecían algunos lazos de sujeción que pretendían crear irreversibilidades, como la gestación de una deuda externa inmensa o la cooptación del Estado a partir de contratos legales muchas veces con jurisdicción externa. Esto permitió sostener el control económico, incluso cuando se admitió una apertura política a partir de 1983. La restricción externa agravada por la deuda actuó como mecanismo de sujeción, bloqueando posibles cambios profundos de rumbo. El generoso programa de privatizaciones y las características de sus contratos fueron el último eslabón del blindaje del rumbo. Por supuesto, el drenaje de recursos y la agudización de las tendencias especulativas generaron crecientes tensiones adicionales que gestaron una macroeconomía sometida a fuertes

17- Desde un punto de vista macroeconómico, las explicaciones más consistentes se asociaron a los debates estructuralistas que apuntan a explicar tanto los movimientos cíclicos como las características morfológicas de las debilidades de la estructura productiva argentina. Desde el análisis de la trama de las relaciones exteriores del país, las polémicas recientes son condensadas en Benal Meza (2005).

18- Cfr., por ejemplo, Musacchio (2013) y la literatura allí citada.

vaivenes. La formación de burbujas y estallidos¹⁹, además de ser uno de los mecanismos principales de transferencias de ingresos, descubrió también la tensión existente entre los dos ejes fundamentales de la nueva economía nacional (Musacchio, 2004).

La crisis de 2001 significó el agotamiento del modelo. La «desertificación» de la economía con la destrucción de buena parte de los tejidos económicos y la convulsión social producida por la pauperización de la mayoría de la población mostraron los límites técnicos, macroeconómicas y sociales del modelo neoliberal. En ese sentido, la crisis fue de una naturaleza muy diferente a la de las precedentes y abrió el espacio para algunos cambios importantes en el proceso económico y en la dinámica político social.

3. ¿Bailando con Ariadna?

A partir de 2002 se encadenaron diversas medidas que, al momento del primer bicentenario, habían moderado las turbulencias. La conjunción de una violenta licuación de ingresos durante la crisis, de un nuevo esquema cambiario, de algunos cambios en el sistema tributario (la introducción de retenciones a las exportaciones) y una exitosa reestructuración de la deuda externa permitió recuperar competitividad en la producción y mejorar tanto la performance exportadora como la captación del mercado interno. La industria manufacturera respondió a los nuevos incentivos que encadenaron la expansión de la producción con la de la ocupación y la productividad. Los buenos precios de algunas materias primas en el exterior y la expansión del mercado interno con el rápido aumento del empleo contribuyeron a estimular un círculo virtuoso de crecimiento por varios años consecutivos. La *performance*, por su magnitud y continuidad, superó la década previa del centenario, considerada hasta entonces el pináculo de nuestra economía. Durante varios años, los «superávit gemelos» en el sector externo y en el presupuesto generaron recursos para servir la deuda, expandir las reservas y sostener un modesto pero visible aumento de la inversión pública, de los presupuestos de investigación científico-tecnológica, y de educación y cultura.

A diferencia del modelo agroexportador, el genocidio inicial del ciclo neoliberal no fue convalidado y la discusión entre juzgamiento y perdón difiere

19- Becker (2003) afirma que las crisis financieras que se suceden entre finales de los '70 y 2001 son parte del dispositivo de regulación, pues permiten absorber los desequilibrios y gestar las condiciones para la siguiente burbuja.

de la condecoración que se mantiene para los «padres» del modelo agroexportador. En sintonía, el gobierno nacional (posición no siempre compartida por los gobiernos provinciales) tampoco reprimió sistemáticamente la protesta social, pues primó de la idea de operar sobre las causas mediatas, la exclusión y el desempleo. La integración social a partir del trabajo fue un rasgo central, que se percibió en la caída del desempleo en el marco de un crecimiento de la población económicamente activa. Por otra parte, la aplicación de políticas sociales universales tales como la asignación universal por hijo, planes como Procrear o Conectar Igualdad, y la moratoria previsional, apuntaron a cuestiones estructurales, desatendidas por las políticas sociales tradicionales focalizadas en los sectores de mayor vulnerabilidad social. El modelo tendió a ampliar la cobertura social, procurando mejorar los niveles de distribución del ingreso e igualdad. Todas estas políticas de ingresos contribuyeron, además, a expandir y sostener los niveles de demanda, que fue el verdadero motor del crecimiento.

El crecimiento con bajo nivel de endeudamiento y especulación financiera fue la clave para que, al estallar la crisis internacional, no colapsara la economía como en las décadas previas. Los síntomas fueron más suaves, aunque descubrieron un cuadro contradictorio. Por un lado, se mantuvo una evolución positiva del producto, el empleo casi no fue afectado y la autonomía relativa que daba el servicio de la deuda facilitó las políticas para moderar el choque externo. Como contrapartida, el crecimiento se desaceleró, la inflación trepó varios escalones afectando la paridad cambiaria real y el control de cambios encubierto que buscó racionar la nueva escasez de divisas generó profundos celos en la clase media, disparando el precio del dólar en el mercado ilegal. En un sentido más amplio, la crisis descubrió también baches importantes de planificación sectorial como sucedió en el sector energético, en el que crecientes importaciones reavivaron la restricción externa. Solo sobre el final de los gobiernos kirchneristas se trató de avanzar a tientos en un programa más estructural, con un rol más activo del Estado, tanto en la programación como en la acción directa²⁰.

Si la situación macroeconómica era, hacia el bicentenario, más holgada que en las décadas previas, en el plano social se desenvolvía una puja creciente. Los controles mínimos introducidos, algunas políticas activas y

20- Para un análisis de la política económica del kirchnerismo y la tematización de algunos debates, cfr. Musacchio (2015).

una ligera progresividad en la carga tributaria provocaron la resistencia de sectores empresariales, visible en varios planos. En lo económico, con una violenta fuga de capitales, que alimentó un mercado cambiario ilegal y obligó a extremar el deficiente control de cambios diseñado apenas cerrado el festejo. A eso se agregó el boicot de los exportadores agrícolas, que retenían parte de la cosecha, exigiendo la eliminación de las retenciones, una fuerte devaluación e incluso retornar a prácticas como el trabajo infantil. En simultáneo, una campaña mediática buscaba cooptar a la clase media, proclive a alinearse con los sectores dominantes y bregar por la libertad de conductas que, por razones económicas, no pueden usufructuar. La confrontación abarcó el plano cultural, donde cristalizaron dos relatos históricos diferentes, conjuntos de valores, nociones estéticas, el rol de la ciencia y la tecnología en un proceso de desarrollo y la articulación individuos-sociedad.

La confrontación dominó el escenario político entre el primer y el segundo bicentenario, y fue determinante en la elección presidencial de 2015, seguida de un drástico giro económico, político y social. La remoción de las políticas de contención de la crisis internacional, tratando de sostener la vitalidad del mercado interno, transformaron el relativo estancamiento en una crisis abierta. El tríptico de apertura comercial, liberalización financiera y liberalización cambiaria reinstaura las políticas neoliberales, disparó la inflación y licuó los salarios. La reestructuración del presupuesto estatal, con la desgravación a los exportadores y la megaminería, mientras se recortan los subsidios a las tarifas de los servicios públicos y se generaliza aún más el impuesto a las ganancias significó un golpe letal sobre el consumo, amén de una violenta transferencia de ingresos al capital. El acelerado retiro del Estado en las funciones de control, así como el desmantelamiento de organismos públicos, que expulsa al personal técnico calificado o administrativo, también forma parte del giro «pro-mercado», que induce la desprotección del consumidor y permite el abuso de posiciones dominantes. La búsqueda de un tratado de librecomercio con Europa y el ingreso al TPP significa un giro en la inserción internacional, debilitando el vínculo con Latinoamérica, pero también la cuestionada asociación forjada con China.

Capítulo aparte constituye la nueva estrategia de la política de deuda. Ejecutada por funcionarios provenientes de la banca financiera internacional y con un pasado activo en el endeudamiento público, los primeros movimientos indican la intención de un acelerado endeudamiento. El discurso oficial se diferencia de las anteriores burbujas de endeudamiento a finales de los '70 y en los '90. Entonces, el endeudamiento surgió como resultado de pro-

fundos desequilibrios en las cuentas externas y públicas (fruto de desgravaciones al capital, la privatización de los ingresos de la seguridad social o de las políticas monetarias restrictivas), o derivadas de la burbuja especulativa. Ahora, el vínculo entre causas y endeudamiento se difumina. El gobierno admite la intención de colocar títulos públicos solo porque estos serían bien aceptados. El endeudamiento ya no es un resultado de las políticas, sino un objetivo en sí. Junto con la firma de acuerdos de librecomercio sería una de las irreversibilidades que condicionarían en el futuro cualquier política económica contraria a los intereses de las grandes corporaciones.

Allí aparece una nueva diferencia con el primer bicentenario, pues el nuevo gobierno propulsó el retorno de los sectores desplazados del poder con la crisis de 1998-2002. Por primera vez, los grupos económicos dominantes han logrado acceder al poder por elecciones libres y tomar directamente la administración pública, sin mediación de la «clase política». Los ministerios fundamentales son administrados por gerentes de las corporaciones. Desde allí y en sintonía con las primeras medidas puede leerse un cambio en los paradigmas del modelo de desarrollo frente al primer bicentenario. Sin una racionalización explícita, el primer bicentenario encontraba al país perfilando un modelo basado en la rejerarquización de la producción y el trabajo, con una mayor participación e inclusión popular, que adquiriría nuevos derechos, acceso a la información y a la educación y mejores recursos, con un rol activo de la ciencia y la tecnología, y con la voluntad no siempre plasmada en políticas del desarrollo de una clase empresarial nacional con acento en la pequeña y mediana empresa. El segundo bicentenario se enmarca en el retorno al modelo neoliberal, con un perfil claramente financiarizado, hegemonizado por grandes conglomerados en búsqueda de ganancia extraordinarias, imponiendo severas restricciones al consumo, desempleo y eliminando derechos para la mayoría de la población. Algunos analistas, sin embargo, marcan aquí algunas continuidades con las políticas previas, que entrelazarían el ciclo 1976-2016. Entre ellas, la continuidad de una explotación de tipo capitalista sin matices, salvo, en los últimos años, un número mínimo de «empresas recuperadas», operadas por sus trabajadores luego del abandono de sus propietarios. Pero más enfáticamente se destaca la continuidad de la explotación del medioambiente, el llamado «neoextractivismo» (JEP, 2012), que abarca desde la megaminería a procesos no sustentables de producción agropecuaria. Si en ese aspecto el kirchnerismo registró escasos avances, algunos argumentan que no es igual desligarse del problema que poner la ejecución de las políticas sectoriales en manos de funcionarios provenien-

tes directamente de empresas extractivas. En todo caso, hay aquí una zona gris en el área de ruptura.

El sostenimiento del modelo se apoya en dos pilares. Por un lado, la irreversibilidad que intenta introducirse con mayor deuda y acuerdos de libre comercio, y que busca garantizar la sujeción de las políticas internas a las redes transnacionales de poder, debilitando la acción del Estado en la política económica, medioambiental y social. Por el otro, aprovechar la ventana del triunfo electoral para asegurarse la permanencia en el poder. Aunque allí aún se ha operado en la periferia reconfigurando los oligopolios de la prensa y aceitando del aparato represivo, la política de fondo no se ha desplegado. Pero no sorprende que varios funcionarios hablen ya de una reforma política para cambiar un sistema que entienden poco transparente (poniendo en duda su propia legitimidad) y convoquen para ello selectivamente a dirigentes de la oposición²¹. Parecería, así, conjugarse la intención de gestar un sistema político que les permita conservar el poder y, eventualmente, reconstruir una clase dirigente propia, transversal a los partidos políticos, que evite sorpresas ante una derrota electoral.

4. Moraleja

Las coyunturas de 1810 y sus dos aniversarios tienen condimentos específicos que las distinguen. En el primer caso, el fin de una larga etapa colonial; en el segundo, la cima del desarrollo dependiente, y la tercera, el intento tímido de recuperar un proyecto de desarrollo autónomo. Lo mismo ocurre con la independencia y sus aniversarios, sucesivamente caracterizados por la restauración de un orden económico y social elitista, la crisis terminal de un modelo elitista y el intento de restauración de un orden elitista. Sin embargo, el hilo que une los seis momentos es la ostensible fractura de la sociedad argentina. Una aproximación estilizada reconoce una elite económica con un proyecto de desarrollo subordinado a las necesidades de las potencias económicas de su tiempo, con un fuerte componente rentístico-especulativo y con un alto grado de exclusión y desigualdad. Un proyecto de clase con un débil concepto de nación, que necesita de un aparato estatal de dominación para imponer sus criterios por la fuerza institucional, con el eventual apoyo de un sector de clase media, portador de algunas banderas de combate a cambio de fugaces privilegios. Frente a ellos, un conjunto de grupos

21- Cfr., por ejemplo, *La Nación* (2016) «Reforma política: el Gobierno quiere sancionar este año la boleta única y la unificación de las elecciones», 28 de enero.

subalternos que recurrentemente intentan disputar el poder para tratar de construir un modelo de desarrollo nacional inclusivo y autónomo, aunque no siempre consistente. En ese marco, las pujas por el control del excedente se dirimen en luchas por el control del Estado, asociando indeleblemente los procesos económicos y políticos. Las «contradicciones secundarias» señaladas por Duejo (1973) introducen matices útiles para entender una dinámica más compleja y no lineal, útil para entender algunos quiebres en la historia, no del todo explicables desde una lógica binaria.

Algunos historiadores presentan ese devenir como un proceso en el cual, cuando los sectores subordinados aceptan su carácter de tal y no cuestionan la dominación económica en el plano político, la fractura social desaparece, colocando al país en un sendero de estabilidad virtuosa, asociada al mundo de la manera razonable que ese mundo espera de la Argentina. Por el contrario, cuando los sectores subalternos cuestionan el modelo y pretenden un sendero diferente, gestarían una inestabilidad responsable de la decadencia. Más allá de los cuestionamientos concretos que le caben a tal interpretación, tratamos aquí de tematizar con breves (y, por lo tanto, incompletas y harto simplificadas) referencias a las seis coyunturas de la independencia y sus aniversarios, la existencia de un eje de conflicto mucho más profundo y, sobre todo, más perenne. La conflictividad social no desaparece cuando los sectores dominantes logran imponer sus intereses económicos desde el plano político, como tampoco desaparece la tensión sobre la forma en que el país debe articularse con el sistema internacional. Allí reside, en el fondo, la raíz de la inestabilidad política y económica argentina: en la existencia de modelos de país divergentes, que difícilmente admiten una compatibilización. Por eso, los cambios en las constelaciones relativas de fuerza rápidamente repercuten de una manera tan súbita como radical. El escenario se vuelve más complejo aún con las coyunturas externas, que suelen incidir de manera dramática, especialmente cuando el país se integra al mundo de manera pasiva. Así, los drásticos cambios entre 1810 y 1816, 1816 y 1916, y 2010 y 2016, no constituyen meras curiosidades, meras casualidades, sino que recogen uno de los trazos constitutivos de la Argentina independiente. Por eso, también, es factible que el bicentenario de julio tampoco sea el fin de la historia, como presagian algunos neo-Fukuyamas locales.

Bibliografía

Acha, O. (2011). «Desafíos para la historiografía en el Bicentenario argentino». *PolHis*, n.º 8.

Adelman, J. (1992). «Financiamiento y expansión agrícola en la Argentina y el Canadá, 1890-1914». *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, n.º 3.

Ansaldi, W. (2009). «La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático». En: Ansaldi, W. et al., *Argentina. La construcción de un país*. Buenos Aires: Sudamericana.

Arceo, E. (2003). *Argentina en la periferia próspera*. Buenos Aires: UNQ.

Azcuy Ameghino, E. (2008). *Trincheras en la historia Historiografía, Marxismo y debates*. Buenos Aires: Imagomundi.

Azpiazu, D. y Nochteff, H. (1995). *El desarrollo ausente*. Buenos Aires: Tesis.

Bandieri, S. (2010). «La historiografía y los fundamentos ideológicos del movimiento revolucionario en el Río de la Plata». *Pilquen*, n.º 12, enero/junio.

Becker, J. (2003). «Beiderseits des Rheins. Regulationstheorie und emanzipatorische Politik». En: Brand, U. y Raza, W. (Hrsg.), *Fit für den Postfordismus? Theoretisch-politische Perspektiven des Regulationsansatzes*, Münster: Westfälischer Dampfboot.

Bernal Meza, R. (2005). *América latina en el mundo*. Buenos Aires: Nuevohacer.

Bértola, L. y Ocampo, J. (2013). *El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia*. Madrid: SEGIB.

Burgin, M. (1975). *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Buenos Aires: Solar-Hachette.

Cairncross, A. (1953). *Home and Foreign Investment 1870-1913*. Cambridge: Cambridge University Press.

Chiaramonte, J. (2004). *Nación y Estado en Iberoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana.

Cortés Conde, R. (2009). *The Political Economy of Argentina in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

Di Tella, G. y Zimmelman, M. (1967). *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires: Amorrortu.

Duejo, G. (1973). *El capitalismo monopolista y las contradicciones secundarias en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fradkin, R. y Gelman, J. [comp.] (2008). *Desafíos al orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de independencia*. Rosario: Prohistoria.

Frigerio, R. (1959). *Las condiciones de la victoria*. Buenos Aires: SAE.

Gaignard, R. (1989). *La Pampa Argentina. Ocupación-poblamiento-explo-*

tación de la conquista a la crisis mundial (1550-1930). Buenos Aires: Solar-Hachette.

Geller, L. (1970). «El crecimiento industrial argentino hasta 1914 y la teoría del bien primario exportable». *El Trimestre Económico*, v. 37, n.º 148.

Giberti, H. (1964). *El desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires.

GRREC (1983). *Crise et régulation. Recueil de textes 1979-1983*. Grenoble: DRUG.

GRREC (1991). *Crise et régulation*. Grenoble.

Journal für Entwicklungspolitik [JEP] (2012). *Socioecological transformations*, vol. XXVIII, n.º 3.

Kosacoff, B. (2010). «Desarrollando capacidades competitivas. Estrategias empresariales, internacionalización y especialización productiva de la Argentina». *Edición especial del Boletín Techint*, Buenos Aires.

Lagos, M. y Llach, J. (2011). *Claves del retraso y del progreso en Argentina*. Buenos Aires: Temas.

Levy, J. y Ross, P. (2008). «Sin impuestos no hay política social: los sistemas tributarios en Argentina y Australia, 1890-1960». *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, n.º 33-34.

Musacchio, A. (2002). «El endeudamiento externo de Argentina: algunas regularidades históricas». *Revista Indicadores Económicos FEE*, v. 30, n.º 3.

Musacchio, A. (2004). «Debilidades de la inserción comercial de Argentina, 1976-2003» En: Boyer R. y Neffa, J., *La economía Argentina y su crisis (1976-2003)*. Visiones institucionalistas y regulacionistas. Buenos Aires: Mino y Dávila pp. 379-405.

Musacchio, A. (2013). «El ajuste: origen de la crisis europea». *Problemas del Desarrollo*, v. 173, n.º 44, abril-junio.

Musacchio, A. (2015). «¿Cielo o infierno? La economía argentina en la "postcrisis"». *Revista de Economía Crítica*, segundo semestre, n.º 18.

Musacchio, A. y Robert, V. (2014). «Argentina, del Centenario al Bicentenario: mutaciones en la estructura económica y social». En: Rapoport, M.; Figallo, B., Buchrucker, C. y Brenta, N. [eds.] *Los proyectos de nación en la Argentina. Modelos económicos, relaciones internacionales e identidad*. Buenos Aires: Edicon.

O'Donnel, G. (1977). «Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976». *Desarrollo Económico*, v. 16, n.º 64.

Portantiero, J. (1977). «Economía y Política en la crisis argentina. 1958-1973». *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 2.

Rapoport, M. (1980). *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes*

argentina. Buenos Aires: Belgrano.

Rapoport, M. (2014). *Bolchevique de salón*. Buenos Aires: Debate.

Rapoport, M. (2015; 2016). *Historia Oral de la Política Exterior Argentina*. Buenos Aires: Octubre, t. I y II (en prensa).

Rapoport, M. et al. (2005). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires: Ariel.

Rochi, F. (2006). *Chemneys in the desert. Industrialization in Argentina During the Export Boom Years, 1870 –1930*. Stanford: Stanford University Press.

Romero, L. (1987). «La generación de Mayo». *Todo es Historia*, n.º 242.

Ternavasio, M. (2009). *Historia de la Argentina (1806-1852)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Toledo, F. y Neffa, J. (2008). *Interpretaciones heterodoxas de las crisis económicas en Argentina y sus efectos sociales*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Villanueva, J. (1972). «El origen de la industrialización argentina». *Desarrollo Económico*, v. 12, n.º 47.

Vitelli, G. (1992). *Las lógicas de la economía argentina*. Buenos Aires: Prendergast.

Vitelli, G. (2006). *Negocios, corrupciones y política*. Buenos Aires: Prendergast.

Vitelli, G. (2012). *Dos siglos de la Argentina*. Buenos Aires: UNQ.